

Las palabras de Colón calmaron la inquietud que se apoderaba de todos, quedando desde aquel momento desconcertada la conspiración.

Las esperanzas más gratas comenzaron á revivir en aquella atribulada gente, y todo su quebranto se convirtió en una gran ventura.

Capítulo LXVII.

Dos escenas distintas.

Era demasiado; era demasiado para un hombre, por grande que fuese, sobreponerse á aquella situación.

Y sin embargo Colón, que habia nacido para los grandes sentimientos, estaba combatido cruelmente en sus más nobles aspiraciones.

Gran enseñanza entraña su conducta en aquella inesperada y violenta ocasión.

Era preciso ser como él era para no haberse exaltado en ira ó haber caído en un abatimiento profundo.

La vista de un bajel, despues de tanto tiempo que vivian en un retiro absoluto y alimentando el espíritu de esperanzas; la vista de un bajel que les hacia comprender que sus sufrimientos tocaban á su térmi-

no; la vista de un bajel tan codiciado, para convertirse en una rápida exalacion que pasa delante de sus ojos como un fantasma fugitivo, era un suceso demasiado extraordinario para no impresionar hondamente los ánimos más fuertes.

En todos los que presenciaron aquel acontecimiento hizo impresion indeleble; pero todos, ménos Colon, pudieron tranquilizar su alma y calmar su inquietud, porque la conducta del almirante al recibir el pliego, al oír las palabras de Escobar, al retirarse á su camarote, al dar la contestacion, y por último, al hablar á su gente, era una conducta tan digna como heróica, que pudo cambiar en confianza las dudas, las vacilaciones, y hasta la rebelión, que de seguro volveria á reproducirse.

No pueden apreciarse ni definirse los efectos y las emociones de aquellos hombres desgraciados, cuya vida desde muchos meses atrás venia siendo una pesada cadena de dolores y quebrantos.

Todas sus penas, todas sus dolencias, todos sus sufrimientos, hacian eco en el corazón de su jefe y agravaban se continuo y terrible padecer. Agotó las fuerzas de su voluntad poderosa para revestirse de confianza y aparecer tranquilo ante los desesperados.

Y al retirarse sólo al camarote, inclinó su febril cabeza sobre sus manos, y su hijo era el que instintivamente penetraba sus pensamientos, é identificándose con su padre, sufría por los dos.

Y ante la escena que acaba de pasar, no sabia qué hacer.

Pero abandonándose á una impresion súbita, corrió al camarote, y dirigiéndose á Colon.

—¡Padre, padre!—le dijo.—Ya no es posible seguir adelante, ya no es posible vencer; tenemos que rendirnos.

—Valor, Fernando, valor.

—El valor me falta, no por que sacrifique mi vida, y creedme, padre, no es por que dejemos de existir, porque nuestra existencia en el mundo es un prolongado suplicio, y confio en que Dios nos recibirá en su seno para que disfrutemos para siempre de una ventura inefable; pero estos desgraciados, estos infelices que ahora rien y están tan engañados, creyendo que su cautiverio ha concluido; estos infelices que tienen puesta su confianza en vos, ¿cómo se han de resignar á morir? ¿Cómo hemos de presenciarsu desesperacion? No puedo prestaros fuerza, padre mio, porque las fuerzas me faltan, mi cabeza arde, mi cuerpo desfallece.

—¡Calla, calla, hijo mio!

—¿Qué dia será?—preguntaba un marinero sobre cubierta.

—No es fácil fijarlo, pero será muy pronto.

—Despues de haberlo creido imposible, no es fácil convencerse de esta dicha.

—En la Española nos recibirán con entusiasmo.

—¡Y cuando volvamos á nuestra patria!...

—Entonces se cumplirán las promesas del almirante.

—Todos seremos colocados.

—¡Y con lo que llevamos!...

—Sí, es verdad, porque también nos darán algunos ducados, para que hagamos ver que en esta tierra hay mucha plata y mucho oro.

—¡Por de contado!

—¿Quién lo duda? ¡No faltaba más sino que volviéramos pobres!

—¡Entonces, entonces gozaremos!

—¡Vamos, vamos á ver al almirante: es preciso que le demos las gracias por su conducta, y que le pidamos perdón por nuestras faltas!

—Es un deber que nos reconciliemos con él los que hemos dudado de su amor y de su lealtad.

—Todos somos sus hijos.

—Sí, sí; él es nuestro segundo padre, porque sin él nos hubiéramos desesperado.

—¡Y quizá, si seguimos los pasos de nuestros compañeros, de los que se fueron con el capitán Porras y con su hermano el contador!...

—¡Pobres de ellos! algunos habrán muerto y los demás andarán errantes por los bosques.

—Es preciso ser leales y agradecidos.

—Vamos, vamos á ver al almirante.

—¡Detenlos, detenlos!—dijo Colon á su hijo.

Los dos habian oido la conversacion de aquellos pobres hombres.

—Sí, padre, sí, que conocerian nuestra turbacion, que no puede disimularse.

Y llegaban ya á la puerta del camarote algunos, cuando Fernando la abrió, y dirigiéndose hácia el interior.

—Descansad, padre, descansad,—le dijo.

Estas palabras hicieron desistir de su propósito, ó mejor dicho lo aplazaron los que querian darle gracias fervorosas porque les habia anunciado su salvacion.

Pero el hijo del almirante no podia estar separado de su padre en aquellas horas de angustia y de pesadumbre.

Los dos se necesitaban, si no para consolarse, porque no creian posible encontrar consuelo, al ménos para exhalar suspiros sin que nadie les sorprendiese.

—¡Ovando, Ovando!—exclamó Colon.—¿Es posible que hayas llevado tu encono y tu envidia hasta el punto de burlarte tan terriblemente de quien jamás te hizo daño?

—¡Ovando, Ovando, miserable, que así sacrificas á mi generoso padre! ¿Cómo no cae sobre tí toda la ira de Dios.

—El mensajero que me ha mandado indicaba bien claro sus siniestras intenciones.

—Y el presente que os ha hecho conociendo, como no puede ménos de conocer, el hambre y las necesidades que estamos padeciendo, es el mayor de los escarnios.

—Pero Cristo nos enseñó a sufrir resignadamente los golpes de la adversidad.

—¿Por qué tanta saña?

—La envidia, hijo mío, la envidia y la ambición. Ese bajel vino á cerciorarse de nuestra suerte. Después de tantos meses como llevamos en este destierro, nada más natural que haber sucumbido á los rigores del infortunio, y esa sería la esperanza de Ovando. Y ha elegido á Escobar por embajador de tan siniestra empresa, porque le consta la enemistad que nos separa, y está seguro que me profesa un odio á muerte.

—¡Y qué precauciones tan cobardes! Os aseguro, padre, que si no hubiera temido ser imprudente abandonándome á mis sospechas, concluyo con ese fementido.

—Prudencia, siempre prudencia, hijo mío.

—¡Prudencia con el que ultraja á mi padre, prudencia con el que se complace en sus dolores y codicia su muerte!...

—Perdónalo y compadécete de sus miserias.

—¿Pero qué hacemos? ¿Cómo salvaremos esta crisis tan violenta?

—No te precipites: va renaciendo en mí la confianza del cristiano, esa confianza que se turbó al influjo de mis pasiones de hombre. Acuérdate del día en que un eclipse, conocido y anunciado por la ciencia, nos sirvió para poner á nuestro servicio á los indios cuando su indignación contra nosotros era inmensa.

—Vuestra tranquilidad y confianza me hacen estar

sereno, tanto que me hallo con valor para conversar con los confiados.

—Pues hazlo así, y me prestas un gran servicio.

—Quiero ser un hijo digno de mi padre.

Y Fernando salió del camarote con aire resuelto, hasta revelando buen humor.

Nadie, sin embargo, sospechaba el triste y desgarrador diálogo que acababan de tener el almirante y su hijo.

Su noble presencia y su actitud valiente despertó en aquellos momentos la simpatía de todos.

Le recibieron con afecto y le abrieron más y más sus corazones, haciéndole vehementes protestas de la veneración que tenían á su padre.

La conducta de Ovando no puede explicarse de manera que lo exima de toda culpa.

Los que más han querido atenuarla dicen que temía que si Colón volvía á la isla recobraría el gobierno de la misma, ó que irritado contra la corte de España, que había suspendido sus honores y dignidades, transferiría á Portugal los países que había descubierto.

También hay quien dice que Ovando estaba ocupado en guerras contra los indios, y que realmente no tendría bajeles para ponerlos á las órdenes de Colón, y que, por otra parte, no comprendería que era tan triste su situación.

De todos modos, el mensaje de Ovando desvaneció por completo las esperanzas del almirante, y hubiera desconcertado absolutamente si más que hombre de mundo no hubiera sido hombre de fe.